

del mundo y de sus vanidades, acerquémonos á Jesús por medio de María, con corazón verdaderamente contrito y resuelto á vivir según las reglas de la fé católica, y de esta suerte disfrutaremos de una alegría que no es posible hallar en la tierra, de aquella paz que no procede de las riquezas terrenas, de aquel júbilo de espíritu muy superior á todo deleite mundano, y juntamente con todo esto, la esperanza de poder, pasados los breves instantes de nuestra vida, habiendo participado de la humildad y de los padecimientos de nuestro Salvador acá en la tierra, participar de su gloria en la vida futura.

DISCURSO XXIX.

RECUERDO DE LA MISERICORDIA DIVINA.

Suscepit Israel puerum suum, recordatus misericordie suae.

Acordándose de su misericordia acogió á Israel su siervo. (Luc. I, 54).

De todos los homenajes que el hombre rinde á Dios, el más santo, el más grato y el más acepto es el de los afectos. Criador del Cielo y de la tierra, autor de la naturaleza y de la gracia, supremo dispensador de todos los bienes, Dios no tiene necesidad de oro ni de piedras preciosas, puesto que las piedras preciosas y el oro son á sus ojos como arena y barro. Él mismo condenó á los Escribas y á los Fariseos, que, al paso que ofrecían algunos tributos, andaban llenos de impurezas. No obstante, siempre podemos rendirle un homenaje puro como el aire, é incorruptible como el Océano, que, siendo absolutamente nuestro, se dá y no se vende, el homenaje de nuestros afectos. Este homenaje, con preferencia á toda otra cosa, quiere el infalible escudriñador de los corazones; este homenaje nos hace tomar parte en la comunión de los Santos, y elevar con confianza, conocedores de la humana flaqueza, nuestras súplicas al trono del Altísimo.

Es precisamente el homenaje de los propios afectos el que la Virgen ofrece á Dios en el cántico del *Magnificat*. Hemos visto hasta ahora, de que modo dirigió á Dios sus pensamientos, ensalzando sus grandezas, y tributando á su gloria todo honor y toda alabanza; de que modo le dirigió sus afectos, confesando las gracias recibidas, y el gozo que la embriagaba deliciosamente con suavísima dulzura á causa de las gracias recibidas; y en fin, como le dirigió su voluntad, admirando los prodigios que el Todopoderoso había obrado para la humillación de los soberbios y la glorificación de los humildes. Ahora

le ofrece tambien su memoria, recordando y celebrando sus beneficios, con los cuales, recordando su misericordia, acogió á Israel, su siervo: *Suscepit Israel puerum suum, recordatus misericordiae suae.* ¿Y qué es esto sinó prestar á Dios los homenajes que exige? ¿Qué es ofrecerle el entendimiento, el corazon, la voluntad y hasta la memoria, sinó tributarle el homenaje de los propios afectos? Entremos, pues; en la consideracion de este versículo del himno de María, hablemos un poco de su memoria, tan llena de la divina misericordia, y hagamos que sus palabras nos sirvan de estímulo para recordar tambien nosotros la divina misericordia, con el fin de colocarnos en la condicion de experimentar su benéfico patrocinio. Pidamos ántes la gracia diciendo: A. M.

Suelen los hombres en los males más graves de la vida, elevar al Cielo sus ojos anegados en lágrimas, y extender suplicantes sus manos á Dios. Cuando impetuosas avenidas de los ríos amenazan sumergir los campos y las casas, ó la tierra parece desgajarse en sus fundamentos á causa de los terremotos, ó terribles enfermedades, rechazando todos los remedios del arte curativo, conducen en pocas horas al sepulcro á la ancianidad y á la juventud; nada tiene de extraño que acudan al Altísimo, le supliquen y pidan ser socorridos en aquellas angustias.

Mas, si es verdad que los hombres recurren á Dios en el día de las tribulaciones, no lo es ménos que desaparecidas las desgracias, y cesado el mal, no se acuerdan más de Él, dando pronto al olvido el recibido beneficio. Por un lado, los falsos sábios del siglo, atribuyéndolo todo á causas naturales, no reconocen que hay en el Cielo una mano omnipotente y próspera, que guarda en su poder los secretos de los sucesos más insignificantes; por otro, aquellos que viven en una continua necesidad de disipaciones y de vicios, los cuales, al ser terriblemente azotados, oyeron la voz del espíritu y de la conciencia, vuelven á los profanos placeres de que se habían apartado, y vuelven á erguir la misma frente ya humillada en el polvo, para insultar con nuevos pecados al Señor misericordioso, que les libró de inminentes desventuras. Si causan indignacion los hombres que olvidan los beneficios recibidos de otros hombres, colmando á veces de insultos á los generosos bienhechores; ¿no causarán indignacion aquellos, que olvidan los beneficios recibidos de Dios, correspondiendo á sus gracias con ofensas? La sociedad debería rechazarles del mismo modo que el mar arroja los cadáveres que infestan sus

olas; los lazaretos debieran abrirse para recibir á este nuevo género de apestados! Sin embargo, esta ingratitud, que tanto indigna á cuantos la conocen, es harto comun; y muchísimas personas hacen lo que muchísimas otras censuran.

Este olvido no tiene lugar en María. Ella abre los labios para cantar á Dios un cántico nuevo. Abarca con una mirada las maravillas de la gracia verificadas en sí misma; se cree en el deber de celebrar la misericordia infinita derramada sobre el humano linaje; en el entusiasmo de su éxtasis proclama las magnificencias del Altísimo. é invita á las generaciones presentes y futuras á reconocer su bondad. Llena de admiracion y de gratitud, no pierde un solo instante el recuerdo de los beneficios celestiales; y con un lenguaje exhuberante de melodía más que angélica, recordando sus sublimes magnificencias, exclama: *Dios, acordándose de su misericordia acogió á Israel su siervo.*

Pero ¿á qué beneficio se refiere de un modo particular la Santísima Virgen? ¿Qué gracia particular recuerda? ¿Qué significa el nombre de Israel, de que habla? ¿En qué sentido deben interpretarse sus palabras? María se referia, preferentemente, al beneficio de la Encarnacion del Verbo. Todas las demás misericordias que recuerda en su himno son como preparativos, más ó ménos solemnes, de esta grande misericordia. Si habla de la misericordia con que Dios no cesa de consolar á la humanidad pecadora y desventurada; si señala la misericordia con que Dios arruina con el poder de su brazo el reino de la iniquidad, fundado por Lucifer sobre la tierra; si canta la misericordia con que Dios, destruidos los ídolos que figuraban el imperio de Satanás y los vicios que formaban su culto, se prepara para llamar al género humano á nueva vida de gracia y de amor, saciando el hambre que le devoraba por espacio de cuatro mil años; quiere llegar á esta conclusion: que el Verbo se hizo hombre para salvar al hombre. Hé ahí porque, con oratoria y poética gradacion, pasando de los beneficios menores á los mayores, y preparando los ánimos para contemplar los máximos, exclama: *Dios acogió á Israel su siervo.*

Se dice que por Israel se entiende aquí la nacion hebrea. Y en verdad, que la historia de este pueblo es la historia de la misericordia de Dios hácia él, escogido, especialmente, para su pueblo, y amado de un modo singular entre todos los pueblos de la tierra. Después, queriendo obrar el prodigio de la Encarnacion en medio del humano linaje, de este pueblo hizo su pueblo, concediéndole aquella bendicion de incomprendible bondad, tantas veces prometida y suspi-

rada tan ardientemente. Si es gloria suma de una nacion cualquiera, el contar como ciudadanos y como hijos, varones ilustres; ¿qué nacion hubo jamás tan grande, que pueda vanagloriarse de haber llevado en su seno un Hombre-Dios? ¿Qué gloria no es para la nacion hebrea, el haber dado los padres al Rey inmortal de los siglos, al Príncipe supremo del Universo? Hé ahí porque María, hija de la misma nacion, dice con acentos de puro patriotismo: *acogió á Israel su siervo*.

Pero la nacion hebrea no supo apreciar su gloria, se hizo indigna del recibido honor, ni quiso reconocer al Hijo de Dios, que se dignó nacer entre sus hijos; pues, por más que algunos le reconociesen, es siempre verdad, que la tierra de Judá le rechazó. Por consiguiente, es preciso creer que la Virgen, aún refiriéndose á la nacion hebrea, se refería también á las demás naciones.

Se dice, que en el himno de María por Israel se entienden los Gentiles. En efecto, debía ser el Salvador, no de un solo pueblo, sino de todos los hombres. Todos debían estar instruidos en su doctrina, todos iluminados con sus ejemplos, todos consolados con sus ternuras y redimidos con su sangre. A consecuencia de cuyas generosísimas gracias, más bien que limitar sus beneficios á solos los Judíos, debían extenderse á los Gentiles. No es, pues, de maravillar si algunos han creído, que al decir la Virgen: *Dios acogió á Israel*, entendió referirse á los Gentiles, más bien que á los Judíos.

Además; es necesario no olvidar, que existía grandísima diferencia entre los Gentiles y los Judíos. Los Gentiles eran pueblos que no conocían á Dios; al paso que los Judíos le conocían, adoraban y glorificaban, y los únicos que tenían una fé explícita en el futuro Mediador. Aquéllos, perdidos en los intereses temporales, y no conociendo otra felicidad que la que se proporcionaban con orgías de abominables pasiones, no conocían la miseria de su condicion, ni pedían ser redimidos; éstos, con continuas oraciones y con incesantes lágrimas, suplicaban por la venida de Aquel, de quien se esperaba la bendicion y la salud. Los primeros eran tales, que no contaban entre ellos ni uno solo que ofreciese á los ojos del Señor la práctica de alguna verdadera virtud; los segundos, aunque habían degenerado muchísimo de su primitiva probidad, no obstante, tenían entre ellos verdaderas almas fieles. Ciertamente, que María no ignoraba esta diferencia; y así como no puede decirse que con la voz Israel, de que se sirvió en su himno, quisiera referirse tan solo á los Judíos, con exclusion de los Gentiles, tampoco puede decirse que se refiriese únicamente á los Gentiles con exclusion de los Judíos.

Se ha dicho, finalmente, que por Israel se entiende la naturaleza humana que tomó el Verbo. Esta opinion de San Buenaventura, Alberto Magno y otros doctísimos y piadosos intérpretes del himno de María, parece que deba preferirse á todas las referidas, puesto que el infinitivo *suscipere*, segun el valor de la palabra, es lo mismo que *sursum capere*, ó sea, descender, para elevar á alguna persona, ó alguna cosa de estado inferior, á otro de superior. Así, pues, ya que el Verbo se dignó tomar la naturaleza humana, haciéndose hombre, expiando nuestros pecados, satisfaciendo nuestras deudas, elevándola con inmensa bondad y con infinita misericordia hasta Dios, puede afirmarse con toda razon, que *suscepit*, ó sea del estado inferior, cual era el de su degradacion, la elevó á otro superior por medio del augusto misterio de la Encarnacion.

Esta es, hermanos míos, la mayor gloria para nosotros. El pecado nos había convertido en objetos de oprobio en presencia del Cielo y de la tierra; nosotros habíamos perdido toda espléndida virtud, ofuscados por las lóbregas tinieblas de la ignorancia y de los opacos vapores elevados del fondo de la concupiscencia; nosotros, que degradados, confusos y envilecidos, gemíamos, hechos presa de gravísimos males; nos elevamos á una insuperable grandeza. Nuestra naturaleza, que tomó Jesucristo, está asociada y unida por medio de una persona divina, con la divina naturaleza, no ya de una manera accidental, ni con un vínculo temporáneo, segun suele suceder entre amigos, sino de un modo indisoluble, con un eterno vínculo. ¿Puede imaginarse mayor gloria que esta? ¿qué dignidad hay más grande?

Está claro, pues, que María, diciendo: *Acogió á Israel su siervo*, entiende referirse al cumplimiento de las divinas misericordias para con Israel y para con todas las naciones de la tierra; cumplimiento que consistía en la Encarnacion del Verbo descendido á tomar la naturaleza humana para verificar su redencion. Ciertamente, que todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, directa ó indirectamente, no tratan de otra cosa más que de la venida del prometido Salvador. Una vez aparecido el piadoso Reparador de la humana dicha, debían aparecer juntamente con Él nuevos Cielos y tierra nueva. Aquel Dios, que se hacía llamar el Dios de los ejércitos y de las venganzas, y había dictado sus mandamientos en medio del zarzal ardiente, de los relámpagos y del estruendo de los truenos, debía tomar nuestra humilde naturaleza para dictar leyes de perdon y de amor. La miserable humanidad, luego de haber alcanzado días de alegría y de paz, pasados los cuatro mil años de duelo, no había ya de regar con

lágrimas las orillas del Nilo, ni las riberas del Eufrates, donde llorara tanto por su perdida libertad y decoro de sus grandezas. Los lobos y las ovejas habian de jugar amorosamente en los prados de tierna hierba; el áspid y la serpiente no debian ya arrojar venenos, de suerte, que los niños pudieran cogerlos con sus manos sin recibir daño alguno. Estas eran las alegorias, con las cuales los Profetas de Judá significaban los saludables efectos de las divinas misericordias, las cuales tuvieron cumplimiento cuando el Verbo tomó la naturaleza humana. Todo esto se ha verificado; y viendo la Santísima Virgen realizado plenamente lo que los Profetas habian vaticinado, lo que simbolizáran los Patriarcas, y lo que deseáran las naciones, exclama: Dios acogió á Israel su siervo: *Suscepit Israel puerum suum.*

María tomó mucha parte en este cambio. No pretendo, al comentar la obra estupenda é inefable de la Redencion, que se atribuya á la Virgen el honor y gloria de ella. La Encarnacion fué obra enteramente de Dios, y no puede reconocerse realizada por los méritos de ninguna criatura, puesto que sobrepuja infinitamente los méritos y las virtudes de toda inteligencia creada. Mas, no por eso dejó María de tomar parte en ella, porque el Verbo se desposó en su seno con la naturaleza humana, de Ella tomó carne mortal; de suerte, que son carne y sangre suya la carne y la sangre del Verbo humanado. Tomó parte en ella, porque su Hijo, que lo era de Dios, quiso asociarla benignamente á Él, haciéndola participante de su virtud, y en su virtud constituyéndola auxilio de la humanidad que debe ser redimida. Tomó parte en ella, porque en la hipótesis del cumplimiento del dogma de la Encarnacion con la maternidad de una Virgen, podía ser escogida para esta dignidad tan solo aquella, cuyas virtudes y méritos sobrepujasen los méritos y las virtudes de todos los ángeles y de todos los santos, como efectivamente los sobrepujaba María. Si María no puede vanagloriarse de la Encarnacion del Verbo como de mérito propio, siempre le corresponde la gloria de haber obrado á favor del género humano; de tal manera, que Dios, recordando finalmente sus promesas, por medio de la Encarnacion del Verbo le acogiese nuevamente como hijo de adopcion.

Sin embargo, nada dice de sí misma, á pesar de haber tomado tanta parte en una obra, mediante la cual el género humano fué de nuevo acogido en Dios. Al igual que en todo el *Magnificat*, en el versículo que acabamos de comentar, María se oculta, se olvida de sí misma, y no encontramos una sola palabra que pueda referirse á gloria suya. Lo que Ella ensalza divinamente, lo que la llena el co-

razon de alegría y le regocija el espíritu de un modo sobrenatural; lo que le impulsa á invitar á las naciones acabadas de salir de la desolacion y benditas en el ósculo del Señor, es la misericordia divina. Esta misericordia recuerda, esta misericordia desea que se recuerde, y procura que las generaciones de los hombres no la olviden.

Ahora yo busco entre los hombres á las almas piadosas, que, imitando á María, recuerden la divina misericordia, y no las encuentren. Hallo que algunos, maledos por la seduccion de los placeres mundanos, sin pensar que la tierra que pisan es un vasto sepulcro, corren tras los gozos materiales, por más que pierdan en ellos la elevacion de la fé, la dignidad de la conciencia, y lo que hay de más noble y sagrado. Veo que otros, atentos á las riquezas y á los honores del mundo, sin reflexionar que estos honores y estas riquezas, aún cuando les acompañasen siempre, acabarían por fenecer debajo de la losa sepulcral, malgastan en ellos los días, los meses, los años y la vida entera, pensando en todo, ménos en sí mismos, y en los intereses del alma. Pero no encuentro quienes se acuerden de la divina misericordia, de la cual debe venirnos todo bien en el tiempo y en la eternidad, ni quienes tomen aliento para variar de conducta, y hacer buenos y santos propósitos de virtud cristiana.

Me olvidaba, hermanos míos, de que es á vosotros á quienes dirija mis palabras. Por más que muchísimos pueblos cristianos no se acuerden de la divina misericordia, quiero creer que vosotros la recordais. Al veros aquí en el templo con tanta frecuencia, tan atentos á la divina palabra, y tan devotos de la Santísima Virgen, me persuado que sois del número de fieles que se acuerdan de los beneficios recibidos. Permitidme, pues, que os dé la última exhortacion para recomendaros á conservar siempre este recuerdo, á hacer que quede impreso en vuestra mente, durante todos los días de vuestra vida, y á que sea ferviente en vuestro corazón. Este es el medio para abriros la puerta á nuevas mercedes, este es el modo para recibir nuevas gracias de la divina misericordia. El leproso que, curado de su horrorosa enfermedad, se acercó agradecido á Jesús, que le habia sanado, alcanzó plena salvacion, volviéndose colmado de bendiciones (1); y vosotros, que con el recuerdo de la divina misericordia os mostraréis agradecidos por los beneficios alcanzados, os haréis dignos de otros favores hasta obtener el mayor, reservado á los escogidos en el Alcázar de la bienaventuranza eterna.

(1) Luc. XVII, 19.